

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

LA MÚSICA DEL PANTANO

LA MÚSICA DEL PANTANO

Daria Pietrzak



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2023, Daria Pietrzak
© 2023, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2023, David Rendo, por la ilustración de cubierta

Primera edición: noviembre de 2023

Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza
Maquetación: Joana Macià Domingo

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de copyright, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-126662-9-8
Depósito legal: B 14066-2023

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

*Para Paco. Creo que habrías disfrutado
de esta historia.
Gracias por compartir conmigo un pedazo de tu
vida, me ha encantado conocerte.*

P.D. Delirio es cojonudo.

PREFACIO

El trueno restalló sobre las copas de los árboles e iluminó la madrugada con su destello eléctrico, tan azulado y artificial como una luz de neón. Tras el cegador estallido el pantano se acurrucó en silencio, esperando, como un transeúnte que se encoge de hombros sorprendido por un repentino chaparrón. La primera gota de lluvia atravesó el follaje de un ciprés, esquivando con habilidad las ramas que le salían al paso, y golpeó la tierra húmeda con el sonido de una palmada; tras ella se despertó el sordo rumor de un aplauso lejano que comenzó a acercarse cada vez más, hasta que el pantano de Kanda quedó sumergido en una algarabía musical que ahogaba cualquier otro sonido bajo su pesada y mojada bota.

La noche se cerraba en torno a la tormenta y las hojas de los árboles se sacudían impotentes bajo el intenso aguacero; la tupida cortina de agua que se descolgaba de la oscuridad caía sobre la cabaña y tamborileaba con sus dedos invisibles sobre las tablas del tejado. La luz proyectada a través de su ventana apenas lograba teñir de naranja un difuso cuadrado sobre la hierba del claro que se abría entre los árboles, como un oasis en un desierto de barro y musgo, pero los gritos que escapaban por debajo de la puerta cortaban la oscuridad de la noche con la violencia

de una puñalada. Las tablas del suelo crujían bajo las pisadas apresuradas de pies que corrían de un lado a otro, dispuestas a compartir, si no aliviar, el sufrimiento de aquella que gritaba.

—Aguanta, Khali, ya falta poco. —Un rostro contraído por la angustia y anegado en sudor se inclinaba sobre la joven que yacía en la cama con las piernas abiertas y el cuerpo desnudo y contorsionado. Un rostro que compartía sus mismos ojos y sus rasgos y que reflejaba como un espejo sus muecas de dolor.

La piel de la muchacha también se hallaba cubierta por gotas de sudor, como si el aguacero hubiera penetrado a través de la ventana abierta de la cabaña, pero el fluido que rezumaba por todos sus poros expelía un olor mucho más intenso y amargo.

—Sé fuerte, *m'íña*, y empuja. Sácalo de tu cuerpo. Tienes que dejarlo salir. —El cuerpo de Cora se arqueaba sobre la cama, con la espalda curvada por la edad y el peso de la preocupación y el miedo. Su voz era vieja, rasgada y profunda, y sus palabras llegaban hasta Khali transportadas por un aliento que olía a fango y a putrefacción.

Khali alargó el brazo a ciegas en busca de algo a lo que aferrarse, porque mantenía los ojos cerrados para esconderse del dolor, y tanteó en el aire hasta que la mano fría y temblorosa de Jambo encontró la suya. Khali entrelazó los dedos con los suyos y apretó, no se dio cuenta de que el delgado cuerpo de Jambo se tensaba bajo la presión de su mano y del ramalazo de dolor que siguió después, pues ella flotaba en su propia nube de sufrimiento, donde no quedaba sitio para nadie más. Sin embargo, la pequeña Jambo no emitió ningún quejido, apretó los labios entre

los dientes hasta que unos diminutos puntos de sangre afloraron en su piel y aferró la mano de Khali con toda la fuerza que fue capaz de reunir para evitar que se marchara a la deriva, arrastrada por las olas de la inconsciencia.

—Ahora es el momento, tienes que empujar más fuerte. —La voz de la mujer que era un espejo de Khali sonaba apremiante, impaciente, y ella comprendió sus palabras a través de la bruma de su sufrimiento y sintió su urgencia. Esta era su última oportunidad de deshacerse de ese dolor porque, si no lo lograba en ese momento, con toda seguridad moriría.

La mano de Jambo se retorció dentro de la suya cuando uno de sus finos huesos se partió como un sarmiento. El crujido seco se impuso por un instante al resto de los sonidos de la cabaña y sirvió de detonante para el coro demencial que estalló a continuación en la habitación opresiva. La garganta de Khali emitió un rugido feroz, un alarido de animal moribundo que sonó como si su garganta se desgarrara. Jambo unió sus agudos gritos, que había reprimido hasta entonces, a los de ella y, al mismo tiempo, un relámpago azotó las nubes que se acumulaban sobre la cabaña, iluminando el claro con una repentina y antinatural luz azul.

La cabaña enmudeció, y el pantano de Kanda con ella. Poco a poco, las gruesas gotas de lluvia dieron paso a delicadas lágrimas que caían sin fuerza sobre una tierra ya saturada hasta que la última gota se desvaneció en la humedad del aire y se convirtió en silencio. La tormenta había pasado; el bosque tomaba su primera bocanada de aire, y la pequeña criatura que yacía sobre el pecho de Khali lo hacía también. Su llanto despertó a la misma noche y le

DARIA PIETRZAK

devolvió la vida al pantano, que meció las hojas y las ramas de sus árboles componiendo una melodía primitiva para arrullar a la recién llegada.

—¡Una niña! Os lo dije. Otra niña preciosa —susurró la anciana con voz de fango—. ¿Cuál será su nombre, Khali? Debes decir su nombre para que pueda hablar. —La muchacha tumbada en la cama le respondió con un profundo silencio; yacía con las piernas separadas, mostrando la cara interna de sus muslos, donde innumerables hilos de sangre dibujaban enredaderas sobre la piel. Sus ojos, abiertos de par en par, clavaban la mirada en el techo de la cabaña, como si quisieran atravesar los tablones de madera y escapar muy lejos hacia el cielo nocturno—. ¡Khali!

1

Alex estaba pasando una noche tan horrible como no recordaba haber sufrido jamás. Se despertó de improviso en medio de lo más oscuro de la madrugada, empapado en sudor y víctima de unos espasmos agudos que retorcián su estómago y sus intestinos y los hacían bailar en su interior, como si su cuerpo estuviera intentando purgarse, vaciarse de todo su contenido. Se arrastró hasta el borde de la cama, asomó la cabeza sobre el precipicio de oscuridad que se extendía bajo él y arrojó la papilla en la que se había transformado su cena sobre la alfombra del dormitorio. Se aferró a la esperanza de que haber mancillado de esa manera una alfombra de pelo largo al menos le proporcionaría algo de alivio, pero se llevó una desagradable sorpresa al comprobar que el dolor no había hecho más que empezar.

A la mañana siguiente no supo decir cuánto tiempo había pasado dando vueltas en la cama, enredado entre las sábanas y tratando de fundirse con el colchón para escapar de las garras que le atenazaban y retorcián por dentro, como si intentaran volverlo del revés. Al final, tras lo que se le antojaron horas, cayó en un profundo sueño similar a un estado de inconsciencia del que no quiso desprenderse cuando su despertador sonó a las ocho en punto de la mañana.

Le dolían todos los músculos del cuerpo y, cuando recordó la razón, también se acordó de la desagradable tarea que le aguardaba sobre la alfombra de su cuarto. Se arrastró fuera de la cama, descendiendo por el lado contrario al del accidente, y gateó hasta el cuarto de baño. Mientras se enjuagaba la cara bajo un chorro de agua fría, regresó a su memoria el ruido de un trueno restallando en la noche, un relámpago iluminando una pesadilla que volvía poco a poco a perfilarse en su mente: gruesos troncos de árboles trepando hacia la oscuridad de un cielo tormentoso, ramas repletas de hojas verde oscuro sacudiéndose bajo un intenso aguacero y el ruido atronador del agua descargando sobre el mundo, aplastando cualquier otro sonido bajo sus pies, llenando la noche de una violencia implacable.

Alex se sacudió los recuerdos de sus oscuros sueños y trató de regresar a la realidad; se sentía extraño, un poco ajeno a ese momento concreto de su vida, intruso en un hogar que no reconocía como suyo y fuera de su propio cuerpo. Decidió que un café cargado y caliente le ayudaría a disipar las sensaciones desagradables que pellizcaban cada rincón de su piel y se encaminó a la cocina dispuestos a poner en práctica su teoría antes de enfrentarse al resto de la mañana.

—Eh, eh, ¡alto ahí! —Alex se detuvo en la puerta y miró al señor Gervason sin pestañear, con unos ojos vidriosos y brillantes como los de un pez bajo el agua—. Si lo que veo en tu cara es el principio de una gripe, será mejor que te des la vuelta y regreses por donde has veni-

do, muchacho. —Alex lo miraba sin comprender; oía las palabras y las entendía por separado, pero no le encontraba ningún significado al conjunto—. Dentro de una semana tengo vacaciones y no pienso pasármelas metido en la cama con fiebre solo porque tú hayas decidido venir a trabajar en este estado.

Entonces la bombilla de la comprensión se encendió en su embotada cabeza y alzó ambas manos en un gesto que pretendía ser tranquilizador, como si con ese movimiento pudiera aplacar el humor de su jefe y destensar el ceño fruncido que le contraía la frente y le proyectaba una pronunciada sombra sobre los ojos y el puente de la nariz.

El señor Gervason hacía tiempo que había pasado de largo la barrera de los cincuenta años y, a pesar de que Alex no era ningún niño, y sus treinta años lo atestiguan en cada uno de los rasgos dibujados en su rostro, él insistía en tratarlo como a un adolescente irresponsable, gamberro y no demasiado espabilado; en definitiva, como a un sujeto al que vigilar a cada minuto del día. Alex, sin embargo, no cumplía con ninguno de esos parámetros, e incluso en los mejores años de su juventud había sido un chico muy responsable y más bien aburrido. No había destacado en su adolescencia por una belleza natural, y su cuerpo espigado y de miembros delgados no parecía apropiado para ningún deporte o actividad de exterior. Lo suyo eran más bien las actividades de interior, en especial aquellas que se desarrollaban en habitaciones polvorientas repletas de libros. Podía contar con los dedos de una mano las veces que le habían invitado a una fiesta; le sobrarían unos cuantos para contar las ocasiones en las

que había bebido una copa de más, y no le hacía falta ninguno para recordarle que había sido el último en la lista de todas las chicas del instituto.

La vida que le había atribuido el señor Gervason desde el día en que le contrató (aún no sabía bien por qué, y sospechaba que él tampoco tenía respuesta a esa pregunta) era la que añoraba haber disfrutado, aunque fuera solo por un efímero momento, y esa nostalgia por un tiempo pasado que nunca tuvo lugar y que las cejas enervadas de su jefe le recordaban todos los días le hacía hervir la sangre en las venas, y sus puños se crispaban en un gesto cada día más difícil de disimular.

Durante su infancia y su juventud se había visto enredado en más de una pelea y, a pesar de que no había logrado salir victorioso de ninguna, se planteaba volver a intentarlo en momentos como aquel y estampar su puño en esa cara arrugada, aunque fuera una única vez. Claro que esas ideas no permanecían mucho tiempo en la cabeza de Alex: enseguida perdían fuerza, se desinflaban como un globo y dejaban escapar un apagado murmullo de protesta e indignación que abandonaba su cabeza con el impulso de un suspiro, dejando tras de sí un regusto de insatisfacción al final de la lengua y el eco de una frustración que se tragaba con un esfuerzo que le laceraba la garganta.

—No se preocupe, señor Gervason; he pasado mala noche, eso es todo, pero le aseguro que me encuentro bien.

—Si a esto llamas tú estar bien... ¿Te has mirado en el espejo? Seguro que has estado bebiendo hasta tarde, emborrachándote como un babuino hasta la inconsciencia.
—El señor Gervason comenzaba a coger velocidad, y Alex cambió con paciencia el peso de un pie al otro—. O algo

peor, fumando cigarritos de la risa con tus amigos. Y te presentas aquí con esa cara. ¡En tu trabajo! ¡En mi establecimiento! Todos los jóvenes sois iguales, no creas que no lo sé; en mi época también era así. Sinvergüenzas y desnortados. No sabéis respetar un horario ni cumplir con unas obligaciones.

—Pero si he llegado cinco minutos antes de mi hora de entrada...

—¡Y mira en qué estado vienes! Anda, métete en el almacén y ordena las cajas de los envíos de hoy, y ya de paso puedes colocar los ejemplares devueltos en la estantería. Un poco de ejercicio físico te ayudará a despejar la cabeza y a sacarte los demonios del cuerpo. Vamos, muévete, van a empezar a entrar clientes de un momento a otro y no quiero que te vean ahí plantado con esa facha.

Alex obedeció sin rechistar, porque él también deseaba perder de vista esa cara fruncida, y se internó por entre las estanterías cargadas de libros hacia la puerta del almacén, al fondo de la pequeña librería. Una vez que dejaba atrás la puerta principal y el mostrador, donde el señor Gervason montaba guardia durante toda la jornada, su día mejoraba considerablemente. Liberado de aquella presencia, y habiendo superado la primera bronca del día, se acordaba de lo mucho que le gustaba su trabajo y lo feliz que se sentía estando allí, rodeado de libros.

El local era pequeño, encajado entre una cafetería pasada de moda y una ferretería que ya nadie visitaba, y cada uno de sus rincones estaba abarrotado de libros: sobre las baldas de las viejas estanterías de madera, en las mesas de las esquinas y encima del mostrador, en el alféizar de una ventana trasera y apoyados contra el escaparate, donde

apenas se distinguían a través de la pátina de polvo y tiempo que recubría la vieja cristalera. Y, por último, el lugar donde se apilaban en cajas, tapizando el suelo y las estanterías metálicas: el diminuto cuarto al fondo de la librería que hacía las veces de almacén y que era el reino y refugio de Alex.

Atravesó el pasillo, contemplando con satisfacción como el peso de las letras combaba los viejos estantes y oyendo como los tablones del suelo crujían al verlo pasar en un saludo secreto que solo él sabía interpretar. Él se encargaba de cuidar de todos esos libros y se enorgullecía de ello; conocía cada uno de ellos por su nombre, su tamaño, su color y su ubicación, y era capaz de detectar en una fracción de segundo cuando alguno se encontraba fuera del lugar que le correspondía o cuando, por desgracia, había abandonado para siempre la librería para ir a un nuevo hogar. Le entristecía que eso sucediera, aunque entendía que en ese negocio algo así era inevitable, incluso deseable, pero no podía evitar sentirse un poco huérfano cuando llegaba ese momento. Para quitarse el mal sabor de boca rescataba otro libro de las cajas apiladas en la trastienda, soplabla el escaso polvo que había logrado colarse para depositarse sobre su canto y lo colocaba en el lugar que su predecesor había dejado vacante, y con ese gesto lograba sentirse un poco mejor.

Después de organizar en un apartado estante los libros que debían ser retirados de la venta, una tarea nada sencilla y que siempre le arrancaba un suspiro de pesar, se sentó tras la mesa del almacén, donde tomaba a diario su bocadillo o leía durante su tiempo de descanso, y cogió el libro que había estado hojeando durante los últimos días.

Esperó unos minutos en silencio, intentando distinguir las pisadas de su jefe aproximándose hacia la puerta del almacén, pero las tablas del suelo no delataron su presencia; entonces se permitió el lujo de arrellanarse en el asiento, subió los pies a la mesa y retomó la lectura en el punto señalado el día anterior.

Todos los años, con la llegada de la primavera, Alex comenzaba a planificar sus vacaciones de verano. Las tres semanas libres que disfrutaba invariablemente durante el mes de julio eran la época para la que vivía esperando el resto del año, y el tiempo que empleaba en la organización del viaje lo disfrutaba casi tanto como el viaje en sí, tanto que se había convertido en un ritual.

Le recorría un cosquilleo de anticipación al imaginar lo que le aguardaba al final del camino, le parecía que incluso podía paladear la carne a la brasa que recomendaban degustar en el restaurante de las afueras de este o aquel pueblo pintoresco, se veía paseando por las avenidas de una gran ciudad, zarandeado por el ajetreo de sus bulliciosas calles, o sentía el soplo del aire salado colándose por su nariz y enredándose en su pelo. La mitad de las experiencias de sus vacaciones las vivía por adelantado, sentado en la vieja silla de madera del oscuro almacén, en la trastienda de la librería Gervason e hijos (un nombre que siempre le había resultado curioso, como una expresión de un olvidado deseo más que una realidad, porque en todo el tiempo que llevaba trabajando allí Alex ni siquiera había oído mencionar a aquellos misteriosos descendientes).

Ese año había decidido viajar al noreste de Europa; centraba su lectura en una guía de Letonia, pero tenía a mano, enterrado bajo una pila de papeles sobre el escrito-

rio, un libro que hablaba de las hermosas tierras de Estonia, y eso no era nada propio de él. Acababa de empezar el mes de mayo y, aunque tenía por delante dos meses para ultimar los detalles y hacer las reservas pertinentes, había días en los que aún se encontraba dubitativo y se sorprendía leyendo la guía equivocada cuando el día anterior le parecía tenerlo todo claro en su cabeza. En primer lugar, había tomado la decisión de viajar lejos, de coger un avión y desembarcar en un lugar en el que le resultara complicado comunicarse con los demás, donde cualquier intento de entablar una amistad o disfrutar de una charla agradable se viera truncado por la barrera del idioma. Se manejaba a la perfección en inglés y español y poseía fundados conocimientos del francés, por lo que cualquiera de los países donde aquellas lenguas fueran dominantes había quedado eliminado de la ecuación de manera automática. Pensó que con eso solucionaría el problema, creyó que alejándose de allí lograría poner distancia entre su cabeza y sus recuerdos, y deseó que los kilómetros de viaje le alejaran también del verano anterior, aquel verano que regresaba a su mente una y otra vez desde entonces.

La realidad era que, desde el último mes de julio, la vida de Alex había cambiado y no era capaz de colocar sus pies en el lugar que habían ocupado antes de su último viaje, como si su pequeño y solitario mundo hubiera encogido durante su ausencia y a su vuelta hubiera descubierto que su vida ya no encajaba con él y nada era por entero como debía ser. Estaba seguro de que el problema era suyo y de nadie más, pero no lograba dar con la causa del cambio que se había operado en su manera de ser o,

más bien, no estaba seguro de querer dar con ella. La esquivaba como haría un gato con un perro atado a una cadena, manteniéndose a una prudente distancia de sus mandíbulas, pero sin dejar de rondar a su alrededor y desafiarlo con la mirada.

De pequeño fue un niño callado, lo que dio como resultado un chico propenso a la soledad y desembocó en un hombre entregado de lleno a ella; y así fue hasta el año anterior, cuando su soledad se vio invadida por la proximidad de otra persona, una persona que prendió fuego a lo que había sido su vida hasta aquel momento para dejarle solo y despojado de lo poco que tuvo y de lo breve que fue.

—¿Necesitas echarte una siesta, muchacho? —La voz del señor Gervason le abofeteó como una mano invisible y le trajo de regreso al almacén. Tras la sorpresa inicial, Alex agradeció la interrupción, pues no deseaba recorrer el camino que sus recuerdos ponían ante los pies de su mente. Era mejor permanecer en el mundo real, a salvo de sus recuerdos, aunque eso significara tratar con aquel hombre odioso que le había tocado por jefe.

—Señor Gervason —Alex se incorporó sin prisa, dominando el impulso de salir corriendo y darle con la puer-ta en las narices—, me estaba tomando un descanso, pero, en realidad, ya había terminado.

—Sí, eso es justo lo que me parecía, que ya habías terminado de no hacer nada. Tengo que salir unos minutos, haz el favor de arrastrar tu cuerpo hasta el mostrador y trata de mantener la compostura mientras estoy fuera, ¿serás capaz de hacerlo? Es fácil, solo mantén los ojos abiertos y sonríe a quien entre por esa puerta.

—No hay problema, señor Gervason. —Se abstuvo de añadir que, como todas las demás ocasiones en las que se quedaba a cargo de la tienda, al menos dos o tres por semana en los últimos cinco años, conocía al dedillo hasta la tarea más insignificante del negocio. Era más fácil asentir y dejar que se marchara lo más rápido posible.

El señor Gervason respondió con algo que sonó como un gruñido y regresó sobre sus pasos; puede que mascullara por el camino alguna que otra queja sobre la juventud, la irresponsabilidad y la falta de modales, pero Alex había aprendido a hacer oídos sordos a sus murmullos, tan inevitables y molestos como el zumbido de una mosca durante un picnic de verano.

Se instaló detrás del mostrador y paladeó el silencio de la estancia. Atravesando la ventana del escaparate llegaba hasta él el susurro de los neumáticos deslizándose sobre el asfalto de la calle y el barullo de la vida cotidiana de la ciudad con sus pasos, gritos, golpes y notas musicales. Pero allí dentro el mundo se ralentizaba y bajaba la voz, las partículas de polvo quedaban suspendidas en el aire, vibrando en la luz, y un zumbido de baja intensidad, grave y cadencioso, se elevaba de las estanterías y viajaba por los pasillos despejados hasta la mesa del mostrador y hasta los oídos de Alex. Él estaba habituado a ese particular murmullo y le parecía que ya formaba parte de él; era el susurro de las historias encerradas tras las tapas de aquellos libros, las palabras atropelladas que albergaban sus páginas y las voces de sus protagonistas ahogadas por el papel, la tinta y el polvo. De esa mezcla nacía un ritmo hipnótico y primitivo, como el susurro de las olas del mar en una costa desierta, en el que era fácil perderse durante

horas, flotando, nadando entre sus versos en busca de un significado oculto.

Alex descubrió, no sin cierta inquietud, que el reloj había seguido avanzando sin él, que permanecía en la misma postura en la que se había instalado, y que el malestar que le había acosado durante la noche y a lo largo de la mañana había desaparecido por completo. Se sorprendió de ambos descubrimientos y respiró aliviado; nadie había entrado en la librería durante su ausencia mental, y su estómago había regresado al lugar que le correspondía. Incluso los músculos de su cuerpo parecían haber descansado durante el rato que había pasado allí sentado, como si en lugar de media hora de abstracción hubiera disfrutado de una noche entera de sueño. Sonrió satisfecho y abandonó su puesto en la entrada para internarse entre los pasillos; disponía de tiempo antes de que su jefe regresara para deambular por entre los estantes de libros, colocarlos, enderezarlos, limpiar las motas de polvo que se hubiesen asentado sobre su superficie desde el día anterior y sentir con los dedos aquel pulso bajo su piel.

Antes de que pudiera evitarlo, sus pasos le llevaron hacia la sección de viajes, donde acostumbraba a pasar muchas horas durante sus semanas preparatorias de primavera, pero, en esta ocasión, en lugar de echar mano de otro volumen acerca de la región báltica, su dedo índice se detuvo sobre un lomo que había llegado a conocer tan bien como la palma de su propia mano. Era un libro delgado y pequeño; sus tapas blandas tenían las cuatro esquinas abiertas y los bordes ajados, y quizá fueran esos detalles los que en un primer momento llamaron su atención aquel día de mayo del año anterior. El señor Gerva-

son era muy cuidadoso con el género (un término que a Alex le resultaba repugnante) y no era habitual que un libro en ese estado ocupara un hueco en las estanterías si no era por alguna clase de error.

Recordaba con absoluta claridad el día que lo cogió por primera vez entre las manos. Rememoró como sus dedos y sus ojos lo examinaron con una curiosidad creciente, una curiosidad que pronto se convertiría en algo demasiado parecido a la obsesión. Se trataba de una guía de viajes que hablaba de una región desconocida llamada Kanda, situada en el sur del país. Alex nunca había oído hablar de aquel lugar, a pesar de que se consideraba un viajero empedernido y un aventurero de corazón, y enseguida se dispuso a averiguar todo lo relativo a aquella misteriosa región. Sin embargo, no halló ninguna otra referencia al lugar en los mapas de la zona ni en ninguna enciclopedia local. Por si fuera poco, aquel libro era el único ejemplar de la tienda, y su nombre y su referencia ni siquiera figuraban en el ordenador; parecía que nunca había entrado por la puerta de esa librería, o que quizá lo había hecho por su propio pie. Llevado por la curiosidad, quiso rastrear el nombre de la editorial, pero no encontró ningún sello en las solapas ni en el interior, y en la contraportada tan solo aparecía el nombre de su autor, Fiodor H., del cual no constaban ni el apellido, ni la foto, ni ninguna otra señal de identidad.

Estuvo tentado de preguntar al señor Gervason, por si se trataba de algún viejo ejemplar de su propiedad, pero llegó a la conclusión de que el hombre encontraría el modo de echarle la culpa por haber extraviado la ficha, y prefirió no arriesgarse. Además, por una razón desconocida, se

negaba a compartir su hallazgo con él. En lugar de ello, decidió guardarlo para sí mismo con celo, como un secreto, un tesoro oculto que le pertenecería solo a él.

Llegó a la conclusión de que lo mejor sería comprarlo, pero no había manera de hacerlo sin revelar su existencia y tuvo miedo de que el señor Gervason se lo arrebatara, puesto que ni siquiera tenía marcado un precio a pagar y, a pesar de todos estos inconvenientes y de la poca simpatía que sentía hacia su empleador, Alex no podía llevárselo sin más. Nunca en su vida había hecho una cosa así y estaba seguro de que no sería capaz de hacerlo ahora. Comenzaría a sudar y a ponerse nervioso, diría alguna tontería y el hombre enseguida sospecharía de él, le haría preguntas y Alex no sabría qué contestar. Así que optó por una opción más sencilla y lo escondió entre sus hermanos de estantería, camuflado entre los lomos altos y coloridos de otras guías de viaje más llamativas y de aspecto lustroso, donde solo él pudiera encontrarlo. Y allí había permanecido desde entonces, a salvo de las miradas de todos, excepto de la suya.

Había leído el libro dos veces, desde la primera palabra hasta la última, aprovechando cada rato libre que le escatimaba a la jornada. Pasaba cada descanso en su compañía, y enseguida descubrió que no se trataba de una guía de viaje al uso. Su autor, el desconocido Fiodor H., narraba la historia en primera persona y compartía sus impresiones personales acerca de su estancia en el pantano de Kanda, donde había llegado casi por casualidad. Había habitado allí durante un tiempo indeterminado y había quedado profundamente impresionado por el lugar. Mezclaba los acontecimientos de su día a día con algunas

leyendas locales que hablaban de esa región antigua y escondida en una recóndita zona boscosa. Se decía que una magia ancestral pervivía en esa tierra, que impregnaba las raíces de las plantas que allí crecían y fluía en las aguas oscuras de sus arroyos. Una magia que al caer la noche se volvía tan intensa que incluso se podía ver a simple vista, flotando sobre las aguas como una espectral aparición.

Alex había devorado con avidez cada palabra de ese libro, asimilando la información como una esponja seca bajo un chorro de agua, y cuando hubo terminado comenzó con los preparativos para emprender su propia aventura, emulando los pasos del autor. En realidad, y sin que él se diera cuenta, había decidido visitar esa región antes de terminar de leer el primer capítulo; más aún, sentía que *algo* lo había decidido por él en cuanto acarició con los dedos su ajado lomo. Fue ese el instante, aquel primer día de julio, en el que decidió su destino con una sonrisa pintada en el rostro.

Lo que Alex no sabía era que, a su regreso, descubriría que el hombre que volvía no era el mismo que había partido tres semanas atrás, y que su vida nunca volvería a ser igual.